

# Los riesgos de la distancia o algunas reflexiones sobre la irrecuperabilidad del mundo antiguo

F. Javier GÓMEZ ESPELOSÍN  
Universidad de Alcalá de Henares

Tiempo hace ya que el recordado Moses Finley titulaba la introducción de un pequeño libro dedicado a tratar diversos aspectos de la Antigüedad clásica con una expresión entresacada de una obra sobre la tragedia griega: "desesperadamente ajeno"<sup>1</sup>. Desde entonces se ha tratado de sintetizar en ese contundente lema todas las condiciones casi epistemológicas que impiden un acercamiento real y efectivo a la realidad histórica del mundo antiguo. Muchas han sido las reflexiones que se han hilvanado sobre la precariedad de nuestro conocimiento y no pocas las alusiones dispersas a este sentimiento de extrañeza y alienación que nos siguen presentando tantas manifestaciones religiosas, artísticas o de cualquier otra clase procedentes de la Antigüedad. Sin embargo quizá no ha abundado otro tipo de consideraciones acerca de las posibilidades metodológicas de la Historia antigua como disciplina, en consonancia con la abundante literatura histórica desplegada por especialistas de otros periodos a este respecto, más preocupados quizá por el marco teórico en el que ha de discurrir su labor<sup>2</sup>. A pesar de ello, ha existido toda una corriente de pensamiento en este sentido encabezada por el citado Finley y por Arnaldo Momigliano que ha fijado en buena medida las pautas a seguir<sup>3</sup>.

<sup>1</sup> J. JONES, *On Aristotle and Greek Tragedy*, Oxford, 1968, citado en M.I. FINLEY, *Aspects of Antiquity*, 2.ª ed., Londres, 1977.

<sup>2</sup> F. HARTOG, "Histoire ancienne et histoire" en *Annales* año 37, 1.º 5-6, 1982, 687-695; G. ALFOLDY, "La Historia antigua y la investigación del fenómeno histórico" en *Gerión* 1, 1983, 39-61; G. BRAVO, "Hechos y Teoría en Historia (Antigua): Cuestiones teóricas en torno a un modelo-patrón de investigación" en *Gerión* 3, 1985, 19-41.

<sup>3</sup> M.I. FINLEY, *Ancient History. Evidence and Models*, Londres, 1985, y A. MOMIGLIANO, *Sui fondamenti della storia antica*, Turín, 1984, y más en particular, "Le regole del giuoco nello studio della storia antica" en *Storia e storiografia antica*, Bolonia, 1987, 15-23, también recogido en el libro anterior, pp. 477-486.

Aun con todo quizá sigue faltando una mayor explicitación de los condicionantes concretos que interfieren de forma decisiva en nuestra percepción del mundo antiguo y no se han listado en forma más o menos coherente esa serie de circunstancias. Muchas de ellas por obvias y evidentes han sido dejadas de lado en la confianza de que cada cual por su cuenta podría ir supliendo con suma facilidad las escalas sucesivas del razonamiento eludidas. Se han saltado quizá un poco alegremente los pasos intermedios y no se ha optado por trasponer ese umbral de obviedad que ha sido delegado repetidamente en un curioso y particular sentido común. Todo pasado por principio nos es en gran parte ajeno. No ha de extrañar por tanto que cuanto más nos alejemos en el tiempo del momento presente este sentimiento de alienidad vaya transformándose en una desconfianza casi absoluta sobre nuestras posibilidades de recuperar el pasado, convertido así en una entelequia mítica, apta tan sólo para reflejar en ella nuestros deseos o frustraciones. Hasta aquí se trata de constataciones elementales y no caben desde luego muchas más divagaciones al respecto. Pero, ¿se trata tan sólo de un mero problema de lejanía con el único aditamento de su intensidad? o bien ¿este alejamiento lleva consigo otra serie de implicaciones que condicionan nuestra propia forma de conocimiento? y entonces ¿dónde estriban los verdaderos obstáculos para una comprensión lo más completa posible de la Antigüedad? ¿Guarda acaso este período histórico respecto a los otros también pasados una cierta singularidad? Con mejor o peor fortuna tal es el objetivo que pretenden cubrir las páginas que siguen.

### 1.— *El distanciamiento espacial*

Cualquier consideración previa del mundo antiguo topa de entrada con el problema de su distanciamiento de nosotros y de las limitaciones consiguientes que ello supone. Sin embargo, no se trata tan sólo de un alejamiento en el tiempo, que es por necesidad expresamente obvio si de la parte más *antigua* de la Historia se trata. Existe también un distanciamiento espacial que rompe con la posibilidad de una percepción sensorial directa de lugares, tierras y paisajes y coarta así uno de los recursos principales de captación histórica más inmediatos. Un historiador del período medieval o moderno puede pisar hoy todavía con cierta seguridad los paisajes concretos que sirvieron de escenario a los acontecimientos históricos que son objeto de su interés, a veces incluso con constataciones tan evidentes como la presencia casi imborrable de castillos e iglesias que jalonan y definen el entorno histórico de aquellos tiempos. Muchas ciudades y pueblos, con mejor o peor fortuna en los azares de la conservación, mantienen casi intactas sus estructuras urbanas medievales y/o renacentistas y en algunos casos incluso podría llegar a afirmarse que fueron esas casas y calles concretas las que habitaron o pasearon los hombres de esos períodos. No en vano, el intento por reconstruir los paisajes del pasado y estudiar los cambios producidos en ellos, constituido ya en disciplina bajo el

nombre de Geografía histórica, toma cómo punto de partida las épocas mencionadas y no se han prodigado hasta el momento estudios similares que hayan tenido por objeto el mundo antiguo <sup>4</sup>.

Ciertamente existen serias dificultades para llevar a cabo una tentativa similar en el terreno de la Antigüedad. Muchos de sus paisajes han sufrido una variación considerable en su fisonomía hasta el extremo de resultar casi irreconocible; sus ciudades han sido reducidas a la ruina en el mejor de los casos cuando no han desaparecido por completo de la faz de la tierra; pueblos, aldeas, granjas y fortines han quedado relegados al abandono en lugares marginales o de difícil acceso. No resulta por tanto tarea fácil volver a la "vida histórica" todos aquellos conjuntos o restituirles una parte de sus dimensiones reales en una aproximación a su envergadura y extensión normales. La excavación arqueológica, incluso con el ideal de medios y técnicas, apenas puede recuperar una mínima parte y ello siempre, por la propia naturaleza de este trabajo, en un modo parcial <sup>5</sup>. Sabemos cómo incluso en los conjuntos urbanos mejor y más intensamente excavados, como es el caso de Pompeya, Atenas, o la villa neolítica de Catal Hüyük, todavía permanecen bajo tierra amplias zonas, por no mencionar el número increíble de establecimientos que después de haber sido localizados mediante la técnica de la prospección deben quedar necesariamente reducidos a un simple punto en un mapa, sin apenas esperanzas de una recuperación más completa <sup>6</sup>.

Además, aun contando con la fortuna del hallazgo y la labor de excavación subsiguiente, nuestras posibilidades reales de recuperación permanecerán en buena medida frustradas. Pues, dejando a un lado la actividad destructiva que toda excavación lleva consigo incluso en el mejor de los casos <sup>7</sup>, resultará muy difícil que podamos evocar el aspecto que debieron presentar en su momento estos lugares partiendo de lo que tenemos a la vista: simples plantas de edificios despejadas de escombros y unas ruinas que han perdido para siempre muchos de sus elementos esenciales y distintivos o que se hallan en el mejor de los casos terriblemente deteriorados. El majestuoso semblante de los zigurats y palacios de la antigua Mesopotamia o la exuberancia de los cultivos circundantes difícilmente nos lo recuerdan las desoladas terreras de los *tells* y las arenosas orillas del Tigris y el Eúfrates. Las ruinas de los templos griegos, aun cuando todavía siguen conservando parte de su esplendor, tampoco sir-

---

<sup>4</sup> M. PACIONE (ed), *Historical Geography Progress and Prospect*, Londres 1987. Sobre la Geografía histórica, A.R. BAKER, J.D. HAMSHERE y J. LANGTON (eds.), *Geographical Interpretations of Historical Sources*, Londres, 1970. Algunas aplicaciones exitosas de estos métodos son las Darby en su interpretación del Domesday Book del siglo XI o la de Sauer a la ocupación secuencial del sur de California.

<sup>5</sup> A. SNODGRASS, *An Archaeology of Greece*, Berkeley-Los Angeles-Londres, 1987, 37 y ss.

<sup>6</sup> Sobre la importancia de la prospección, SNODGRASS, "La prospection archéologique en Grèce et dans le monde méditerranéen". *Annales*, 37 año n.º 5-6, 1982, 800-812.

<sup>7</sup> F. HOLE y R.F. HEIZER, *Introducción a la arqueología prehistórica*, trad. cast., Méjico, 1977, 20-21.

ven para darnos una idea precisa de su imagen primigenia, desaparecida ya su policromía característica –cuya ausencia dio incluso pie a una falsa idealización basada en el blanco mármol de sus ruinas–, arrancadas las estatuas que adornaban sus frontones, frisos y metopas, y convertidos en un erial desordenado de cascotes los jardines que los rodeaban y las abundantes y ricas ofrendas que llenaban sus contornos<sup>8</sup>. De igual modo, las ciudades, preservadas a través de la continuidad histórica o sacadas a la luz por la pala del arqueólogo, con sus viejos edificios rehabilitados o reutilizados, sus construcciones públicas hechas pedazos y sus ágoras vacías, no bastan para darnos una idea de su pasado esplendor, con calles y plazas engalanadas de decretos e inscripciones conmemorativas y estatuas a veces de tamaño descomunal y casi inimaginable, jardines provistos de fuentes, y repletos todos sus espacios de un mobiliario que apenas podemos ya conocer por la dificultad que existe en atribuir una función precisa a unos objetos desprovistos de sus atributos diferenciales que les otorgaban un claro significado social o un especial simbolismo religioso<sup>9</sup>. No es empresa fácil ciertamente para un moderno visitante de cualquiera de los grandes santuarios griegos tratar de restituirles un pulso que latía casi incesantemente en su interior y el tráfico que pululaba por sus alrededores, en medio de una gran variedad de gentes y mercaderías y a través de un rico y variegado mosaico de actividades que allí tenían lugar. Posiblemente ni siquiera con la ayuda inestimable de un Pausanias y su poderosa capacidad de evocación podríamos aminorar la distancia que nos separa de ese mundo, sin el aditamento necesario de una prodigiosa imaginación recreadora que restituya el vigor y el movimiento a unos restos inermes, cuya difícil belleza sólo pude inspirar ya a románticos nostálgicos o a espíritus decadentes<sup>10</sup>.

La acción implacable de la naturaleza, a veces en clara connivencia con la intervención humana que la ha propiciado o seguido, ha sido causa importante y decisiva en ese cambio de paisaje, alterándolo, destruyéndolo o abandonándolo simplemente al olvido de los cauces de la Historia. A la pura labor geológica de sedimentación que ha ido amontonando capas y estratos o a la destructiva erosión, se han venido a sumar las consecuencias devastadoras de grandes catástrofes como terremotos, erupciones volcánicas o maremotos. En algún caso ha sido precisamente una de estas circunstancias la que ha favorecido la recuperación del lugar, como nos muestran los casos excepcionales de Pompeya, Herculano o la isla de Tera, pero en la mayoría de las circunstancias rompieron una trayectoria histórica y truncaron el futuro probable e incierto de muchas comunidades de civilización. Lo que en un tiempo fueron costas se hallan hoy alejadas de la actual ribera marina debido al proceso de

<sup>8</sup> M.F. BILLOT, "La polychromie dans l'architecture grecque" en *Archéologia* 169, 1982, 18-29.

<sup>9</sup> Sobre esta problemática I. HODDER, *Interpretaciones en Arqueología*, trad. cast. Barcelona, 1988, 13-31.

<sup>10</sup> Así, H. HILL MILLER, *Greece through the Ages*, Londres, 1972, y F.M. TSIGAKOU, *Redescubrimiento de Grecia*, trad. cast. Barcelona, 1985.

aluvión que ha ido llenando el lecho de los ríos –se calcula así que en la desembocadura del Tigris y el Éufrates la tierra lleva ganado al mar desde el año 3000 unos doscientos kilómetros–, desplazando hacia el interior lo que fueron centros portuarios como Efeso, Priene y Ostia. A la inversa, emplazamientos que se hallaban situados junto al mar han quedado en la actualidad sumergidos bajo las aguas como la ciudad griega de Hélike en Acaya o una buena parte de las ciudades pónticas de Tanais y Olbia <sup>11</sup>.

Otros lugares han sufrido un elevado nivel de deforestación que casi ha dejado irreconocible su entorno, hasta el punto que resulta impensable suponer las razones que motivaron el emplazamiento de capitales como la hitita, Hattusas, en pleno corazón de la desolada meseta de Anatolia o reconstruir el marco vegetal adecuado que nos sugieren las pinturas de los palacios cretenses. Algunas partes de Italia o de la propia península ibérica debieron experimentar una suerte similar, a la luz de algunas informaciones procedentes de los geógrafos antiguos y del páramo poco habitable que hoy en día rodea a muchas de sus ruinas. No debemos olvidar la acuciante necesidad de madera para combustible o para su empleo en la construcción, el papel determinante de las cabras o la destrucción causada intencionalmente mediante incendios provocados por los mismos pastores o como consecuencia de las frecuentes guerras. Los destrozos ecológicos, a los que tan sensible es hoy en día buena parte de la opinión pública, fueron ya en la antigüedad tema de debate tal y como lo reflejan algunos pasajes de Platón y Teofrasto, o causa efectiva por la masiva construcción de ciudades durante el período helenístico, desde el Asia Menor hasta las remotas tierras del Asia central <sup>12</sup>. Ciertamente cuesta trabajo imaginar entornos tan desolados como los de las capitales de Bactria o Afganistán y se comprende muy bien ese sentimiento idealizado de la naturaleza y del paisaje rural, tan típicamente helenístico, tal y como aparece reflejado en la poesía bucólica o en las pinturas y mosaicos de la época <sup>13</sup>.

La acción humana sin embargo no ha sido tan drástica como a veces se ha supuesto y en algún caso puede haber existido una cierta continuidad en sus características esenciales entre el paisaje antiguo y el actual, como parece que sucede en el caso de Grecia <sup>14</sup>. No obstante, donde sí se ha mostrado decisiva la acción humana ha sido en el traslado de las zonas principales de actuación con el cambio de los cauces comerciales y de los centros de interés, que ha dejado en la marginación a comarcas que fueron en su día polos de atracción y escenarios principales por los que circulaban las gentes, los bienes

---

<sup>11</sup> Sobre las circunstancias que propiciaron la desaparición del mundo antiguo, véase F. PERINETTI, *Introducción a la Arqueología*, trad. cast. Barcelona, 1976, 66 y ss. También R. AGACHE, "L'archéologie des paysages disparus" en *Dossiers de l'Archéologie*, 43, 1980, 19-23, así como el número monográfico de *Histoire et Archéologie*, 50, 1981, titulado "Ports et villes engloutis".

<sup>12</sup> J.D. HUGHES, *La ecología de las civilizaciones antiguas*, trad. cast. Méjico, 1981, 109 y ss.

<sup>13</sup> T.B.L. WEBSTER, *Hellenistic Poetry and Art*, Londres, 1964; A. KÖRTE y P. HÄNDEL, *La poesía helenística*, trad. cast. Barcelona, 1973; J. CHARBONNEAUX, R. MARTIN y F. VILLARD, *Grecia helenística*, trad. cast. Madrid, 1971, 167 y ss.

<sup>14</sup> SNODGRASS, *An Archaeology...*, 67-92.

y las ideas. La creciente insalubridad del lugar a veces, otras a causa de la guerra y sus destrozos consiguientes y en la mayoría por un giro inesperado de las corrientes históricas, en donde se entremezclan un poco todos estos factores, ha sido la causa del progresivo abandono de muchos lugares, sede en la antigüedad de imperios florecientes o ciudades de importancia, como muchas de las zonas de la actual Turquía, Siria, Irán, el Asia central o muchas partes de Europa. Este olvido histórico es, de hecho, la causa de que todavía permanezcan sin localizar ciudades como la misma Acad, la capital de Mitanni, Washugani, muchos emplazamientos de la costa sur de Anatolia y no pocas de las ciudades helenísticas, tales como la Antioquía de Pérsida o la última de las Alejandrías, por no citar los problemas existentes en torno a una posible ubicación de Tartessos (ciudad) o que resulte incluso muy difícil situar en el mapa países enteros del oriente anatólico como el reino de Arzawa o el más conocido de Ahhiyawa<sup>15</sup>.

Si el abandono definitivo de un lugar ha tenido estas consecuencias, no ha sido mucho más afortunada en algunos casos la continuidad histórica del mismo. En efecto, la pervivencia de un enclave con todas sus fases sucesivas de construcción y reconstrucción, ha significado la desaparición casi total de sus restos más antiguos o una posibilidad incierta de recuperación a base de cuantiosos gastos y problemas de toda índole. La pérdida definitiva de la Alejandría tolemaica, de la Siracusa griega o de la Tebas beocia, constituyen quizá ejemplos sobresalientes, pero no son mucho menores las dificultades que existen en ciudades más "próximas" y con parte de su legado a la vista como la mismísima Roma o en un grado algo menor el caso de las ciudades hispanas de Córdoba, Zaragoza o Barcelona<sup>16</sup>. Todo este cúmulo de circunstancias hostiles provocan este alejamiento espacial del que desgraciadamente, aun contando con los titánicos esfuerzos de arqueólogos y corporaciones, no podemos escapar sin pérdidas ya irremediables.

## 2.- La falta de continuidad

La existencia de cortes bruscos en el devenir histórico quizá es sólo una falacia derivada de la falta de documentación o simplemente del desconocimiento personal. Sin embargo, y dando por sentados los convencionalismos académicos que se han dado en este terreno, parece detectarse por doquier una cierta ruptura entre el mundo antiguo y el resto de los períodos subsiguientes. Si la llamada Antigüedad tardía (Late Antiquity o Spätantike) no fue una época de decadencia y se dieron lazos de continuidad con el período me-

<sup>15</sup> En general, J. WELLARD, *The Search for lost Cities*, Londres, 1980.

<sup>16</sup> Sobre Roma véase el reciente número de *Histoire et Archéologie* 82, 1984, "Rome en péril". En general las Actas del congreso *Arqueología de las ciudades modernas superpuestas a las antiguas*, Zaragoza, 1985.

dieval venidero<sup>17</sup>, no cabe dudar sin embargo de la existencia de ciertos cortes bruscos que provocaron la desaparición casi física de algunas civilizaciones o condujeron a una oscura pervivencia esparcida y disimulada en medio de las etapas que vinieron a continuación o de importantes cambios en el mapa histórico del mundo occidental producidos como consecuencia de las invasiones islámicas. Imperios como Urartu, Mitanni, la Creta minoica, culturas como la sumeria, la frigia o la lidia y muchos de los pueblos bárbaros que habitaron los confines del mundo clásico (tracios, ilirios, escitas, iberos...) fueron apagándose de forma progresiva hasta la pérdida casi total de su identidad étnica y cultural. El nuevo mundo creado más tarde con las invasiones en los siglos V, VI y VII en Europa y Asia si bien entroncaba en muchos puntos todavía con el pasado reciente o más lejano, borró también muchas de sus huellas y legados. La cuenca mediterránea que había sido el centro geográfico en torno al cual había discurrido toda la historia del mundo antiguo, dejó de ser el marco protagonista y los centros de poder y decisión se trasladaron hacia el norte y al interior de los desiertos. Nuevos focos de atracción surgieron lejos de los de antaño y quedaron definitivamente a trasmano muchos lugares que habían ocupado en el pasado una posición central<sup>18</sup>. No existe ciertamente un nexo de unión claro y bien discernible históricamente entre las antiguas civilizaciones y los actuales moradores de estos territorios. Poco queda en efecto del Egipto faraónico en el actual estado árabe que ocupa hoy el país y algo semejante ocurre en todo el cercano Oriente y Turquía, donde los esfuerzos de vinculación afectiva y emblemática con el remoto pasado hitita son más bien el fruto artificial de una práctica muy reciente.

La prolongada ocupación extranjera ha tenido también efectos parecidos en España o Grecia, cuyas tradiciones folclóricas, música o gastronomía forman más bien parte de un conglomerado mediterráneo más amplio y heterogéneo en el que la diversidad cultural no consigue borrar un alto grado de comunidad de esquemas. La propia nación griega actual es obra del período postbizantino y, de hecho, más se parecen los aires musicales griegos a los de cualquier otra parte de la cuenca mediterránea que a la extraña tonalidad de los antiguos sonos helénicos, tan difícil de reconstruir y mucho menos familiar al oído que los sonos del buzuki<sup>19</sup>. Sólo algunos casos marginales como el fenómeno copto en Egipto o la pervivencia de hablantes de arameo en los alrededores de Aleppo rompen esta tónica general y quizá como el caso más sobresa-

<sup>17</sup> H.I. MARROU, *¿Decadencia romana o Antigüedad tardía?*, trad. cast. Madrid, 1980.

<sup>18</sup> JONES concluyó su obra sobre el Imperio romano tardío en el año 602, pero admitía que la conquista árabe de Siria y Egipto sería idealmente el mejor punto terminal, A.H.M. JONES, *The later Roman Empire 284-602*, Oxford, 1964. En general sobre este problema, H. AUBIN, *Von Altertum zum Mittelalter*, Munich, 1949; J. PIRENNE, *Mahoma y Carlomagno*, trad. cast. Madrid, 1978; F.W. WALBANK, *La pavorosa revolución*, trad. cast. Madrid, 1978, cap. 9. Sobre la unidad cultural del Mediterráneo, F. BRAUDEL, *El Mediterráneo*, trad. cast. Madrid, 1987.

<sup>19</sup> Sobre los fundamentos de la actual nación griega, A.E. VACALLOPOULOS, *The Greek Nation 1453-1669*, New York, 1976.

liente el de la península itálica, donde quizá los cambios no fueron tan bruscos y se pudo conservar la vinculación con el pasado de una manera más viva, sin embargo incluso allí fue necesario un Renacimiento. A esta falta de continuidad se deben hechos como la imposibilidad de conocer con precisión el verdadero nombre antiguo de muchos lugares, algunos descubiertos mediante la excavación como el palacio de Kato Zakro en Creta, la ciudad de Ai-Khanoum en el Afganistán o numerosos establecimientos de España o de Grecia situados en zonas donde no cabía esperar la presencia de tales asentamientos, precisamente a causa de su actual fisonomía esencialmente rural, como ha sucedido en el Epiro tras las minuciosas exploraciones de Hammond <sup>20</sup>.

Es desde luego un hecho sintomático, que si bien obedece a circunstancias históricas bien concretas no deja por ello de ser significativo, el que casi todos los países inicien su historia nacional en la Edad Media y sea de allí también de donde partan sus orígenes culturales comunes más reconocidos. En el caso de la literatura no hay manual al uso que se retrotraiga más atrás incluyendo figuras de la Antigüedad que nacieron o vivieron dentro de los lindes del nuevo solar patrio. Casi nadie, en efecto, catalogaría como españoles a Marcial, Séneca o Lucano, como francés a Pompeyo Trogo, como sirio a Luciano de Samosata o como norteafricano a San Agustín, a no ser tomando como punto de referencia el vago condicionante geográfico con visos de actualidad. Era muy otra su pertenencia a una comunidad de lengua y de cultura que con toda su diversidad interna puede seguir catalogándose como una común civilización grecorromana. Esta comunidad fue más tarde fraccionada y quedó en lo sucesivo limitada a horizontes más concretos donde regían ya otra clase de intereses. La progresiva extensión y consolidación del cristianismo fue sin duda uno de los factores más relevantes, pues si bien ya llevaba una larga existencia en el propio mundo antiguo, nunca fue más allí, incluso tras la oficialización con Constantino, que una religión más entre otras y así lo indican la lucha tenaz contra la resistencia pagana y toda la literatura apologética, desarrollada, con los mismos fundamentos, recursos y símbolos de sus poderosos oponentes en busca de una legitimidad aceptada <sup>21</sup>. La propia idea de decadencia, antes mencionada, que fijaba unos momentos finales para la Antigüedad, aun reconociendo todos los ingredientes que posee de épocas posteriores más modernas e infectada como está de concepciones históricas recientes o espúreas, viene a reflejar en cierta medida ese sentimiento de ruptura en el correr de los tiempos, de una vaga y poco precisa frontera que nos separaba de una época que fue en consecuencia idealizada y para cuya reactualización fue necesario

<sup>20</sup> N.L. HAMMOND, "Travels in Epirus and South Albania before World War II" en *The Ancient World* 8, 1983, 13-46.

<sup>21</sup> A. NEYTON, *Les clefs paiennes du christianisme*, París, 1979.

todo un proceso histórico que con tópicos o sin él se ha denominado Renacimiento<sup>22</sup>.

### 3.- *El caos cronológico*

El mundo antiguo no está sólo más lejos temporalmente hablando que el resto de los períodos y épocas por su propia "condición existencial", sino que se trata de un espacio histórico en el que los sistemas de medición del tiempo además de variados y diversos o derivados de los intereses religiosos o políticos más particulares, parecen reflejar una aparente desidia en su correcta utilización<sup>23</sup>. No existió en toda la Antigüedad un sistema de medición del tiempo que estuviera lo suficientemente generalizado para ser utilizado como patrón de referencia común, al contrario de lo que sucedió en épocas posteriores con la universalización del calendario cristiano. Los condicionantes de la tradición agrícola o los diferentes criterios astronómicos empleados (el sol, la luna, la estrella Sirio...) hacían del todo imposible una fácil traducción de unos cómputos a otros. Este tipo de dificultades fue ya experimentado por historiadores universalistas de la propia Antigüedad como Diodoro de Sicilia, cuyos esfuerzos por conseguir una común datación no tuvieron siempre los resultados deseados<sup>24</sup>. Este caos más que aparente obliga en la mayoría de los casos a servirnos de la cronología relativa, bien usada en su pura vertiente arqueológica o de forma más estrictamente histórica. Muchos acontecimientos son así vagamente encuadrados cronológicamente dentro de un espectro temporal que se extiende desde un no mucho más preciso a veces terminus *post quem* y su correspondiente *terminus ante quem*. Esta clase de procedimiento resulta ciertamente insegura y en la mayoría de los casos arriesgada, pues depende de la mayor o menor fijación de los eslabones intermedios señalados, dado que el fallo posible de uno solo de ellos podría echar por tierra todo el sistema. Así una nueva y más precisa lectura de los términos de una inscripción en la que aparecía mencionado determinado magistrado público, la eventual corrección de un nombre o una más completa secuencia de excavación, pueden poner literalmente "patas arriba" todo el engranaje, eso cuando no se incurre en la falacia admitida del razonamiento circular entre datación arqueológica y datación de los autores antiguos como puede haber ocurrido en el caso de las famosas fechas de fundación de las colonias sicilianas suministradas por Tucí-

<sup>22</sup> R. WEISS, *The Renaissance Discovery of Classical Antiquity*, 2.<sup>a</sup> ed. Oxford, 1988. En general, W. RUEGG, "Antike als Epochenbegriff" *Mus. Helv.* 16, 1959, 300-318.

<sup>23</sup> R.J. HOPPER, "The modern problems of Ancient History", *Didaskalos* 5, 2, 1976, 228-235. En general, E. BICKERMANN, *La cronología nel mondo antico*, trad. ital. Florencia, 1973, y A. CORDOLIANI, "Comput, Chronologie, Calendriers" en Ch. SAMARAN (ed.), *L'histoire et ses méthodes*, París, 1961, 37-51.

<sup>24</sup> L.C. SMITH, "The Chronology of Books XVIII-XX of Diodorus Siculus" *AJPh* 82, 1961, 283-290, y R.M. ERRINGTON, "Diodorus Siculus and the Chronology of the Early Diadochoi 320-311 B.C." *Chiron*, 1976, 478-504.

dides y su correlato correspondiente en la secuencia de la cerámica griega hallada *in situ*<sup>25</sup>.

De hecho una buena parte de las escalas cronológicas determinadas por la arqueología se basan en concienzudos estudios de cerámica, basados en la evolución de las formas y el estilo, que pueden haber sido llevados a efecto con grandes dosis de subjetividad y juicios estéticos *a posteriori*, a veces nunca revisados a causa del *argumentum auctoritatis*, o en el paralelismo con otras culturas donde existen ya buenas cadenas de datación (caso de Egipto por ejemplo), pero entonces entra en juego el amplio cuestionario que cabe plantear acerca de la presencia del "objeto clave" en ese determinado contexto y de los momentos diferentes en que pudo haber llegado, no necesariamente en estricta contemporaneidad con la fecha de su fabricación en origen<sup>26</sup>. Existen además problemas como el de la contaminación entre estratos sucesivos por infiltración de materiales de fecha más reciente en capas más profundas o serias dificultades en la precisa atribución de un objeto a una serie o a un contexto determinado. Seguimos dependiendo en buena medida del azar y de la coincidencia y ni siquiera la inapreciable ayuda de las ciencias físico-químicas resuelve completamente y a plena satisfacción de todos la mayor parte de los interrogantes. Ahí está la célebre polémica entre difusionistas que siguen manteniendo la primacía modélica del Oriente y quienes reconocen la mayor antigüedad, comprobada con la datación radiocarbónica, de los grandes megalitos occidentales<sup>27</sup>.

Continúan acechándonos por tanto, aunque quizá ciertamente en una medida mucho menor que en un principio, los fantasmas de la inseguridad y la incertidumbre a la hora de atribuir un determinado objeto o tipo de objetos a un preciso agente histórico y no a otro, o la duda perenne sobre la existencia de innovaciones paralelas que echarían por tierra todo intento de puesta en relación de unos contextos culturales con otros. La misma constatación de espacios cronológicos tan amplios (cien o doscientos años) ha tenido como correlato irremediable la curiosa falacia psicológica de no equiparar las secuencias temporales de unos tiempos y otros. Se hace mención así de personajes o acontecimientos de la Antigüedad que se hallan separados entre sí por la misma distancia cronológica que media entre nosotros y los hombres del Renacimiento con una facilidad rayana en la osadía, pues una similar distancia existe entre Sófocles y Plutarco o entre el mundo micénico y la Atenas arcaica. Difícil por ello nuestra tarea de acercamiento al mundo antiguo si las coordenadas espacio-temporales, marco mediador fundamental por el que se rigen nues-

<sup>25</sup> SNODGRASS, *An Archaeology...*, 51 y ss.

<sup>26</sup> En general sobre la cerámica, D.E. ARNOLD, *Ceramic Theory and cultural Process*, Cambridge, 1987.

<sup>27</sup> C. RENFREW, *Problems in European Prehistory*, Edimburgo, 1979.

tros esquemas de conocimiento, se hallan tan profundamente distorsionadas.

#### 4.- *La naturaleza de la documentación*

Si los esquemas básicos de conocimiento plantean ya una serie de limitaciones, son los medios a nuestro alcance los que nos presentan quizá un más desalentador panorama. Huelga insistir en la escasez y fragmentariedad de las fuentes por ser un hecho de sobra conocido de todos. Las pérdidas cuantitativas sufridas en el proceso histórico de la transmisión de los textos hasta nosotros se ven incrementados por la estrechez de algunos de los criterios de selección empleados que marginaron campos tan esenciales como la poesía lírica griega de la época arcaica o la comedia antigua en base a su escasa adecuación a las finalidades escolares o a un determinado gusto moral. La historia de la transmisión se halla repleta de circunstancias complejas o simples golpes de la fortuna –para bien y para mal– que determinaron la conservación y preservación de unos textos u otros y en una mayor o menor medida. No es éste el lugar adecuado para tratar con cierto detenimiento el tema, para el que existen por otro lado conocidos manuales de referencia<sup>28</sup>, pero sí queremos traer a colación circunstancias determinantes como el propio carácter oral de la literatura antigua, la calidad de los materiales empleados y su elevado coste que favorecía su reutilización, las devastaciones causadas por guerras e incendios y los desgraciados accidentes personales que ocasionaron importantes pérdidas de material, como el incendio de la casa de Mommsem en cuyo interior albergaba numerosos manuscritos sacados de la Biblioteca o el hundimiento en el Tigris de la flotilla que transportaba una buena parte de las antigüedades de Babilonia y Khorsabad en 1855.

Importante barrera también es la de las lenguas, que quizá con la excepción del griego y del latín siguen presentando numerosos problemas de desciframiento o identificación. Es ciertamente sintomático que un estudioso de la talla de Leo Oppenheim, a la hora de hacer un balance de la Asiriología, continúe calificándola como disciplina arcana a pesar del creciente número de textos<sup>29</sup>. Permanecen sin descifrar escrituras como la de la civilización del Indo o documentos tan extraños como el famoso disco de Faistos, y si bien pueden ser leídas, distan todavía bastante de conseguir una comprensión general lenguas como el etrusco, el cretense o el ibero. Quizá sólo en el terreno de la historia Antigua no baste con conocer a fondo la propia lengua para poder comprender o escribir la historia del país respectivo, pues si éste tuvo alguna entidad, las referencias se hallarán escritas en griego y/o en latín, y ello, a pesar de una más que forzada “familiaridad” con estas lenguas no deja de constituir una limitación en comparación con la historia de los períodos subsiguientes.

<sup>28</sup> Sobre todo, L.D. REYNOLD y N.G. WILSON, *Scribes and Scholars*, 2.ª ed. Oxford, 1974.

<sup>29</sup> A.L. OPPENHEIM, *L'Antica Mesopotamia, ritratto di una civiltà*, trad. ital. Milán, 1980, 19-33.

Sin embargo no son sólo las circunstancias y condicionantes materiales las que han propiciado este estado de cosas. Existe otra importante contingencia de índole psicológica o institucional que podría resumirse en palabras de Finley como "a failure to create a bureaucracy"; condición histórica que ha sido la causante principal de esa casi inaudita falta de documentos que quizá con la excepción del Egipto grecorromano constituye la tónica general de todo el mundo antiguo.<sup>30</sup> La mayor parte de los documentos llegados hasta nosotros consisten por lo general en registros puntuales que no tenían otra finalidad que la del mero control, circunstancia que hacía de todo punto innecesaria su conservación más allá de los plazos concretos para los que se habían fijado. En otros casos la continua reutilización de los materiales hacía que cada año fuesen profundamente renovados todos los "archivos" y sólo la azarosa circunstancia de un incendio que provocó la cocción y endurecimiento de los mismos los ha preservado hasta nosotros, pero incluso en casos favorables como éstos se trata tan sólo de los documentos estrictamente contemporáneos al año de su accidental "destrucción" como queda patente con las célebres tablillas micénicas de lineal B de Cnosos o Pilos<sup>31</sup>. Quizá algo diferente es la situación con las famosas "Bibliotecas" orientales cuyas intenciones de perduración parece que eran más amplias, pero la casualidad de los hallazgos sigue de alguna manera condicionado tanto el montante de información proporcionada por las mismas como su aprovechamiento efectivo. Los continuos descubrimientos además de incrementar ampliamente el material a nuestra disposición van modificando en cierta medida las conclusiones hasta ese momento alcanzadas<sup>32</sup>. De cualquier forma la intencionalidad y los criterios de selección por lo que respecta a aquellos temas u objetos dignos de perduración ha variado considerablemente desde la Antigüedad hasta nosotros e incluso dentro del propio período existen grandes fluctuaciones que dependen de ciertos cambios de actitud psicológica, como la posición ante la muerte por ejemplo, o circunstancias de índole política. Tenemos así un volumen de inscripciones griegas, sobre todo atenienses, considerable del siglo IV a.C. en adelante y en cambio apenas contamos con ejemplos reseñables para los primeros siglos de su historia o bien la drástica reducción de inscripciones que se produjo en el imperio romano tras el asesinato de Alejandro Severo en el año 235 hasta la subida al poder de Diocleciano en el 284<sup>33</sup>.

<sup>30</sup> FINLEY, *Ancient History*, 27 y ss. En general, E. POSNER, *Archives in the Ancient World*, Cambridge Mass., 1972.

<sup>31</sup> Véase las contribuciones de K. KILIAN y A. SACCONI en *Le origini dei Greci*, ed. por D. MUSTI, Bari, 1986. FINLEY, *La Grecia primitiva*, trad. cast. Barcelona 1983, 60 y ss.

<sup>32</sup> Sobre las dificultades de las fuentes orientales, D. FRANKEL, *The Ancient Kingdom of Uruk*, Londres 1979, 11. Así, hallazgos recientes: W. AL-JADÍR, "Une bibliothèque et ses tablettes" en *Archéologia* 224, 1987, 18-27, y F. JOANNES, "Les archives d'une famille babylonienne" en *Archéologia* 219, 1986, 56-61.

<sup>33</sup> L. ROBERT, "L'Epigrafia" en *L'histoire et ses méthodes*, 453 y ss., y F. MILLAR, "Epigrafia" en M. CRAWFORD (ed.), *Fuentes para el estudio de la historia antigua*, trad. cast. Madrid, 1986, 93 y ss.

Son quizá los intereses de tipo religioso –con una cobertura mucho mayor de la que el mismo término significa para nosotros– los que han primado a la hora de conservar un determinado registro o documento y ese es el punto de vista predominante en testimonios de índole aparentemente política (las famosas inscripciones y relieves regios del Oriente) o socioeconómica (las listas de tributos atenienses). Han quedado por tanto fuera de enfoque o algo deformadas por la “contaminación” de otro tipo de intereses, la mayoría de las informaciones sobre la vida social y económica, tan caras para el historiador actual, que deben ser cubiertas mediante el recurso a la arqueología o a la numismática, con su propia limitación de expectativas<sup>34</sup>. Algunos lugares son especialmente privilegiados como sucede en el mundo griego con el caso sobresaliente de Atenas, –y es ciertamente considerable el cúmulo de información con que contamos al respecto–, mientras otros muchos quedan sumidos en la más completa e injusta oscuridad, piénsese en el resto de Grecia por ejemplo o en la mayoría de las llamadas zonas marginales al mundo clásico o a los centros de poder del mundo oriental.

Esta penuria de documentos ha impulsado a los historiadores del mundo antiguo a tratar de obtener el máximo de información de todos los testimonios disponibles, sean éstos textos literarios, monedas, inscripciones o restos arqueológicos. Esta circunstancia ha provocado que se borre en el terreno de la historia antigua la línea de separación hipotética que delimita los hechos históricos de aquellos que no tienen esa condición, al pasar a desempeñar esa categoría todos los pocos datos conocidos<sup>35</sup>. Se bucea así en una literatura cuyas limitaciones genéricas y pasión por el uso de recursos retóricos restringe de forma considerable las posibilidades de alcanzar la realidad subyacente. Los lugares comunes, la fuerza de la tradición épica, el punto de vista empleado o el más absoluto desinterés por “la verdad”, al menos tal y como nosotros la entendemos, hacen de cada texto literario un verdadero laberinto y una fácil trampa para ingenuos que buscan equiparar datos con realidades<sup>36</sup>. En muchos casos además las razones de fondo o los datos de peso nos son sistemáticamente eludidos por ser campos ajenos a su interés o tan descaradamente obvios para su propia escala de valores que nunca se preocuparon de reflexionar sobre ellos<sup>37</sup>. No debemos olvidar tampoco la asombrosa capacidad inventiva de los autores antiguos, que como nos recordó Finley ha sido quizá subestimada al no considerar la fuerza con que operaba en ellos el *horror vacui*<sup>38</sup>. Se trata además de una literatura esencialmente urbana en la que el cam-

<sup>34</sup> S.C. HUMPHREYS, “Archeology and the Economic and Social History of Classical Greece” *Parola del Passato*, 1967, 374-400.

<sup>35</sup> Así, E.H. CARR, *¿Qué es la Historia?*, trad. cast. Barcelona, 1978, 17-18.

<sup>36</sup> F. CAIRNS, *Generic Patterns in Greek and Roman Poetry*, Edimburgo, 1972, A.J. HOSKINS, “The Accessibility of Classical Literature” en *Didaskalos* 5, 2, 1976, 250 y ss. J. GRIFFIN, “On the relationship of Literature to Life” en *Hesperiam* 4, 1981, 7 y ss.

<sup>37</sup> A.W.H. ADKINS, “Classical Studies: Has the Past a Future?” en *Didaskalos* 3, 1, 1969, 21.

<sup>38</sup> FINLEY, *Ancient History...*, 9.

po queda relegado a un aspecto idealizado y artificioso que poco tiene que ver con la realidad rural contemporánea<sup>39</sup>. La casi total ausencia de fuentes contemporáneas de muchos períodos nos lleva a utilizar testimonios de fecha mucho más tardía cuya calidad es más que dudosa, como Zósimo, o en los que la información deseada forma parte de un anecdotario ejemplificador con fines morales o de mero entretenimiento como sucede con los amplios repertorios de Ateneo, Macrobio o Aulo Gelio. De esta forma los pocos datos que todavía podemos recuperar se encuentran dispersos por toda una amplia gama de géneros, escondidos a veces en cualquier rincón de la sutileza retórica o de la diatriba moral que obligan al estudioso a una exploración pormenorizada y consciente sin que los “títulos” –casi todos posteriores por otro lado– o el contenido de las obras descarte de entrada su consideración al respecto.

La literatura expresamente histórica no nos ofrece perspectivas mucho más alentadoras. Para empezar también la historia fue considerada un género literario en la Antigüedad y se dieron en su seno floraciones un tanto extrañas al sentir histórico moderno como la llamada historia trágica o los exempla moralizantes. Su surgimiento tardío –casi en pleno siglo V a. de C.– y su carácter contemporáneo y casi estrictamente político, suponen también serias restricciones. En muchos de los casos se trata además de una historia casi oficial, dado que está hecha por hombres pertenecientes a las clases dirigentes del momento o directamente vinculados a los mismos gobernantes. Jerónimo de Cardia fue el historiador de corte de los sucesores de Alejandro, Polibio escribió su historia en el círculo romano de los Escipiones y Salustio, Tácito y Dión Casio fueron senadores romanos. Escribir historia o cualquier otra clase de literatura requería el ocio necesario, asequible sólo a quienes se hallaban dispensados de otra clase de actividades laborales más concretas, y el estar en primer plano de los acontecimientos, a la cabeza de un ejército como Tucídides o César, o relacionado muy de cerca con ellos como los célebres historiadores de Alejandro. Cuando éste no era el caso se trataba de meros resúmenes muy posteriores, a veces de no gran calidad como el de Justino, o de compilaciones de fuentes diversas, reunidas con desigual acierto como es el caso de Diodoro. De ahí que en el mejor de los casos debamos contar de entrada con grandes dosis de parcialidad política o nacional y con un alto grado de encubrimiento social que les forzaba a desconocer realidades más alejadas de este posicionamiento como la esclavitud, la vida de las clases bajas o las características de los pueblos vencidos<sup>40</sup>. El recurso permanente a la expresión del pensamiento y acción de los personajes históricos a través de discursos, elabora-

<sup>39</sup> SNODGRASS, *An Archaeology...*, 69-70.

<sup>40</sup> G. SCHEPENS, “L’occhio e l’orecchio: selezione delle testimonianze nel metodo degli storici greci” en D. MUSTI, *La storiografia greca*, Roma, 1979, 63-69. En general, además de los muchos artículos de MOMIGLIANO incluidos en los volúmenes citados en n.º 3, Ch. W. FURNARA, *The Nature of History in Ancient Greece and Rome*, Berkeley-Los Angeles, 1983. También A.J. WOODMAN, *Rhetoric in Classical Historiography*, Londres, 1988.

dos y diseñados desde la perspectiva de los propios autores <sup>41</sup>, y una cierta renuncia a identificar sus fuentes en muchos de los casos, lo que ha originado una prolongada y a veces estéril *Quellenforschung*, constituyen también dos importantes limitaciones de toda la literatura histórica de la Antigüedad. De esta forma, resulta tremendamente difícil poder asegurar que pisamos terreno firme cuando nuestras argumentaciones se basan en datos extraídos de una fuente secundaria, que dista a veces siglos del acontecimiento referido, y cuyos eslabones intermedios no somos capaces de identificar con precisión o se nos escapan en medio de un mar de dudas coherentes. Una historia en definitiva que sigue recurriendo a multitud de intermediarios de más bien dudosa fiabilidad que apenas nos ofrecen garantías de alcanzar el objetivo propuesto.

### 5.- Los devaneos del método

La precariedad de medios con que cuenta el estudioso de la Antigüedad y la propia condición insegura de los saberes adquiridos, muchos de ellos revisados casi de año en año según avanzan los descubrimientos o las técnicas de trabajo se renuevan, han producido un cierto distanciamiento metodológico con relación a otras épocas y períodos de la Historia <sup>42</sup>. Ha habido incluso quienes han predicho un cercano final para esta clase de estudios, agotadas ya todas sus posibilidades por la falta de documentos nuevos, o han optado a la hora de decidir su futura dedicación investigadora por otros períodos más ricos y con más perspectivas de futuro. Conocida es quizá la elección operada a este respecto por el prestigioso medievalista Jacques Le Goff, para quien la Edad Media era el lugar de compromiso ideal entre la erudición que requerían los tiempos modernos y la imaginación necesaria en todo estudioso del mundo antiguo <sup>43</sup>. La marginación de la Historia Antigua de las nuevas corrientes historiográficas no es ciertamente algo casual y sí tiene mucho que ver con ciertas peculiaridades específicas del modo de hacer historia en esta parcela del conocimiento histórico.

De entrada, la ya reiterada penuria de documentos obliga al historiador del mundo antiguo a tomar en consideración cualquier clase de testimonio a su disposición, sea cual sea su campo de procedencia y sus propias características internas. Filólogos de formación en muchos de los casos recurren con complacencia a la literatura clásica como el soporte principal de toda su labor, sin embargo deben utilizar al tiempo todo otro tipo de informaciones como es el caso del Arte, que cuenta para los demás períodos con sus propios

<sup>41</sup> Sobre las dificultades históricas que provocan los discursos, J.K. DAVIES, *La democracia y la Grecia clásica*, trad. cast. Madrid, 1980, 111-112. WALBANK, "Speeches in Greek Historians" en *Selected Papers: Studies in Greek and Roman History and Historiography*, Oxford, 1985.

<sup>42</sup> J. STENGERS, "Unité ou diversité de la critique historique" en *Raisonnements et démarches de l'historien*, Revue de l'Institut de Sociologie, Bruselas, 1963, 750.

<sup>43</sup> J. LE GOFF, *Pour une autre Moyen Age*, Paris, 1977, 7-8.

y particulares especialistas. No en vano la llamada Arqueología clásica fue en sus orígenes y en buena parte de su desarrollo posterior no otra cosa que una historia del Arte antiguo, y éste sigue siendo en muchos casos todavía el enfoque principal de esta disciplina<sup>44</sup>. Consciente de la importancia de la economía en el estudio de una sociedad debe recurrir también a una serie de manifestaciones materiales como la moneda, que cuenta igualmente con sus propios especialistas, o toda clase de testimonio arqueológico que sirva para reconstruir este campo<sup>45</sup>. Imbuido de relatos míticos y leyendas de toda índole empieza a tomar en cuenta la aportación de los folcloristas en un intento por aprehender el trasfondo social y religioso de esta clase de manifestaciones<sup>46</sup>. De tal forma que se ha llegado a la situación especial en la que se exige del historiador del mundo antiguo el dominio, o cierta familiaridad al menos, de todas estas técnicas y disciplinas, que ya por sí solas abarcan un campo de acción considerable. El gran epigrafista francés Louis Robert llegó a calificar de verdadero "hombre-orquesta" al estudioso de la Antigüedad<sup>47</sup>, y ciertamente no deja de constituir una dificultad añadida esta necesidad imperiosa —a veces tarea casi imposible— de saber estar en el punto de cruce de competencias tan diversas, cada una de ellas con su propio discurso y su propia lógica y un código de significados que no resulta fácil de armonizar antes del punto final de llegada, donde se hallaría la Historia sin más<sup>48</sup>.

Falto de una armazón cronológica firme que le permita caminar sin excesivos titubeos en el campo de la diacronía y perdido a veces en un terreno poco firme, donde el mito se entrecruza con la Historia y llega a veces a formar un todo indiviso, el historiador del mundo antiguo se halla expuesto a una serie de peligros, que bien hacia un extremo, cual sería el de moverse tan sólo en el reducto de lo conocido con cierta seguridad, o hacia el otro, los intentos por ir más allá, pueden entrañar su completa alienación como disciplina constituida y respetada en el conjunto de las ciencias. Así el exceso de erudición, y puntillismo filológico incurre en ocasiones en la reiteración estéril y en la repetición *ad nauseam* de casuísticas que no tienen visos de otra utilidad que el puro goce del debate academicista y casi escolástico<sup>49</sup>. Pero no resulta menos arriesgado el empleo abusivo de la conjetura sin fundamento alguno o el recurso a la ficción pura y simple. Existen en nuestra información muchas lagunas que deben ser rellenadas en la medida de lo posible y no resulta aventurado afirmar que la imaginación histórica es una de las armas del buen historiador siempre que pensemos que la labor de reconstrucción histó-

<sup>44</sup> R. BIANCHI-BANDINELLI, *Introduzione all'Archeologia*, Roma-Bari, 1976.

<sup>45</sup> J. CASEY, *Understanding Ancient Coins*, Londres, 1986; G. Ch. PICARD, "Archéologie et Histoire. Quelques observations" en R. CHEVALIER (ed.), *Colloque Histoire et Historiographie*, Paris, 1980, 489-494.

<sup>46</sup> Un buen resumen en F. GRAF, *Il Mito in Grecia*, trad. ital., Roma-Bari, 1988.

<sup>47</sup> L. ROBERT en *La Grèce ancienne*, ed. por Cl. MOSSÉ, Paris, 1986, 17-18.

<sup>48</sup> HARTOG, art. cit., en n.º 2.

<sup>49</sup> K.J. DOVER, "The Classics as an Activity" en *JACT Review* 3, 1985, 3-5.

rica va más allá de la mera crónica puntual de sucesos<sup>50</sup>. Sin embargo el recurso a la imaginación debe estar disciplinado por el conocimiento preciso y exhaustivo de los datos disponibles y por el manejo –bien sea éste rudimentario– de las técnicas que nos permiten hacer un mejor uso de aquellos, de otro modo dejaríamos abiertas las puertas a la ficción aberrante o a hipótesis sin base alguna<sup>51</sup>.

El problema de los excesos de imaginación o lo que puede denominarse la ficcionalización de la historia antigua, tiene sin duda nefastas consecuencias que no se ven compensadas por las posibles derivaciones de la atracción y el interés que suscitan algunas obras de esta clase, que intentan reconstruir un pasado irreal, fruto híbrido de la fantasía, de un vago conocimiento histórico y de ciertas obsesiones muy recientes. El ansia de misterios y enigmas en un mundo que va dejando de tenerlos muy de prisa, quizá con una celeridad mayor de lo que ciertas partes de la mente humana así lo requerirían, explica el éxito de un Von Däniken, de libros sobre la Atlántida, los códigos secretos de navegaciones míticas como la Odisea o los pretendidos “secretos” de algunas civilizaciones desaparecidas<sup>52</sup>. No debemos confundir sin embargo este tipo de literatura con las dotes de divulgación que manifiestan autores como Leonard Cottrell o Ceram en la intención de hacer digerible al gran público un cúmulo de erudición y conocimientos o el auge reciente de un tipo de relato novelesco basado en la Antigüedad que parte ya de entrada con el pretexto de la ficción<sup>53</sup>. La audacia interpretativa se hace quizá deseable en muchos casos dado el espíritu detectivesco que caracteriza en cierta medida la forma de nuestras investigaciones. Seguimos así pistas dispares y desperdigadas en busca de datos que nos confirmen una intuición o una hipótesis con visos de realidad surgida al paso de la lectura de un pasaje o con la vista puesta en un determinado tipo de monumento, o suscitada por la ambigüedad consustancial a muchas de nuestras informaciones. El paralelismo tentador con otras situaciones históricas mejor conocidas o un desmedido empleo del argumento *e silentio* pueden conducirnos a respuestas distantes de la realidad por la amplitud de nuestro desconocimiento de tantos y tantos aspectos cruciales, así como por la simple trasposición de parámetros explicativos modernos que resultan poco adecuados para el mundo al que los aplicamos.

No debemos nunca perder de vista las enormes diferencias que nos sepa-

<sup>50</sup> FINLEY, “Generalizations in Ancient History” en *The Use and Abuse of History*, ed. HOGARTH con correcciones, Londres, 1986, 60-74.

<sup>51</sup> P. PETIT, *Guide de l'étudiant en Histoire ancienne*, París, 1969, 17.

<sup>52</sup> Algunos ejemplos: G. PILLOT, *El código secreto de la Odisea*, trad. cast. Barcelona, 1976; H.G. WUNDERLICHT, *Minos et la Crète. Le secret de la civilisation européenne*, trad. franc. París, 1981. En general J.P. ADAM, *Le passé recomposé. Chroniques d'Archéologie fantastique*, París 1988.

<sup>53</sup> L. COTTRELL, *Las maravillas de la Antigüedad*, trad. cast. Buenos Aires, 1973, o C.W. CERAM, *El misterio de los hititas*, trad. cast. Barcelona, 1962, ó W. KELLER, *Historia del pueblo etrusco*, trad. cast. Barcelona, 1973, son algunos ejemplos significativos de la primera tendencia y las novelas de Mary Renault, Robert Graves o Gore Vidal de la segunda.

ran del mundo antiguo en casi todos los terrenos y la propia diversidad interna de todo este período histórico. El mundo oriental no constituyó nunca una unidad y tampoco existieron una nación griega compacta o un imperio romano homogéneo y uniforme. Existen sin embargo una serie de facetas que lo añaden frente a nuestra experiencia moderna. La religión desempeña a todos los niveles de la sociedad un papel conformador tan decisivo que resulta muy difícil apreciar desde nuestra perspectiva presente, pues no siempre es posible disociar los aspectos que nosotros consideraríamos puramente religiosos del resto de las manifestaciones de su vida pública, tanto políticas, socio-económicas o culturales o del propio universo mental del individuo. La economía no alcanzó ni con mucho las dimensiones de épocas posteriores ni fueron siempre criterios como la eficiencia los que predominaron en este campo, por lo cual no siempre con facilidad reducimos a su verdadera pequeña escala el nivel de las operaciones e intercambios<sup>54</sup>. Los códigos morales de conducta poco tienen que ver con los heredados del cristianismo o de cualquier otra religión de carácter universalista y tiene lugar por tanto una brecha casi insalvable entre los valores y el nivel de la conducta práctica sin que sepamos muy bien cuáles son los puentes que los comunican<sup>55</sup>. El campo de las relaciones sociales aparece surcado por una red de hilos tan sutiles y complejos que no son muy comprensibles para quien se halla ubicado socialmente fuera del tejido de una sociedad tradicional<sup>56</sup>. Las mismas formas políticas no resultan fácilmente extrapolables a pesar de la consabida herencia de sus términos y de toda una tradición que ha santificado en ellas sus orígenes y las ha elevado en modelos operativos<sup>57</sup>. Muchos mitos y leyendas siguen despertando extrañeza y cierta perplejidad y apenas podemos comprender el mensaje de muchas de sus obras de arte o literatura. H.C. Baldry sugiere en su introducción al teatro griego que sería necesaria una cápsula temporal que nos trasladase a la Atenas del siglo V. a. de C. para poder revivir la experiencia de una de sus representaciones dramáticas, apenas discernible en sus reales dimensiones con los elementos que nos quedan de ellas y fue Henri Weil quien señaló que era necesario "se faire une âme antique, très antique", para comprender a Esquilo<sup>58</sup>. No hace mucho que un especialista en religión egipcia reconocía la enorme complicación del tema a pesar de los avances logrados y de la numerosa documentación con que contamos, sin par desde luego en el mundo<sup>59</sup>. Era un

<sup>54</sup> FINLEY, *Economía de la Antigüedad*, trad. cast. Madrid, 1974.

<sup>55</sup> ADKINS, *Merit and Responsibility*, Oxford, 1960.

<sup>56</sup> Véanse al respecto las consideraciones de Th. F. CARNEY en *A Biography of C. Marius*, Chicago, 1970, introducción.

<sup>57</sup> En general, R. BOLGAR (ed.), *Classical Influences in Western Thought A.D. 1650-1857*, Cambridge, 1978.

<sup>58</sup> H.C. BALDRY, *Le théâtre tragique des Grecs*, trad. franc. París, 1975, 1-2; G. RACHET, *La tragédie grecque*, París, 1973.

<sup>59</sup> J.M. PLUMLEY, "La religión del Antiguo Egipto" en A. COTTERELL (ed.), *Historia de las civilizaciones antiguas*, trad. cast. Barcelona, 1984, 115 y ss.

mundo regido por un tempo lento, donde como ha señalado no tan ingenuamente Kitto no se llevaba reloj y, por tanto, con unos modos de vida muy alejados de los nuestros.

Nos faltan además datos cuantitativos que posibiliten la formación de series numéricas significativas desde el punto de vista histórico, lo que la deja fuera de nuevas formas de investigación que se han revelado productivas en otros períodos<sup>60</sup>, y la falta de coincidencia entre códigos y conceptos, ya mencionada, no nos permite tampoco un conocimiento mejor de su concepción del mundo mediante el inventario de lo que se ha denominado el "utillaje mental"<sup>61</sup>. Falta un nivel adecuado de generalización que permita la explicitación de las diversas implicaciones de un fenómeno o que conecte los distintos niveles de abstracción que subyacen en cada una de las afirmaciones que se hacen a cada paso<sup>62</sup>. Para colmo, sigue funcionando, a veces en forma casi tiránica, el criterio de autoridad que santifica teorías e hipótesis de grandes historiadores sin que se revise o compruebe la presencia entre las mismas de un alto grado de gratuidad y puro subjetivismo, que de esta forma ha ido pasando inadvertidamente al caudal de conocimientos adquiridos<sup>63</sup>.

Surgen en medio de este desolador panorama algunas vías que nos permiten todavía albergar la esperanza de unas mejores perspectivas. El diálogo creciente con las ciencias sociales y especialmente con la Antropología va incrementando notoriamente nuestras posibilidades de comprensión de estos mundos alejados de nosotros, al tiempo que nos ofrecen nuevos modelos explicativos que tienen su base en realidades contemporáneas bien estudiadas y cuya rentabilidad operativa en nuestro campo de estudios ya ha comenzado a dar sus frutos<sup>64</sup>. El recurso a la comparación con otras épocas y períodos o con otro tipo de sociedades nos permite también por extrapolación suplir en cierta medida una parte de la información que nos falta y algunos desarrollos recientes como el estudio del texto como relato con todas las dimensiones que ello implica ha enriquecido de forma considerable la gama de nuestro cues-

<sup>60</sup> LE GOFF, *La nouvelle histoire*, París, 1988.

<sup>61</sup> El concepto es de Lucien FEBVRE, al respecto véase, A. BURGUIERE, *Dictionnaire des sciences historiques*, París, 1986, 497-498.

<sup>62</sup> FINLEY, "Generalizations...", 60 y ss.

<sup>63</sup> Una puesta en tela de juicio de los asertos de SCHULTEN sobre la historia de la Hispania antigua, L.A. GARCÍA MORENO, "Infancia, juventud y primeras aventuras de Viriato, caudillo lusitano" en *Actas del primer Congreso peninsular de Historia Antigua*, Santiago de Compostela, 1988, 373-382.

<sup>64</sup> M. MAZZA, "Ritorno alle scienze umane. Problemi e tendencie della recente storiografia sul mondo antico" en *Studi Storici*, 1978, 469-507; FINLEY, "Anthropology and the Classics" en *Use and Abuse*, 102-119; S.C. HUMPHREYS, *Anthropology and the Greeks*, Londres, 1978. En general, F. J. GÓMEZ ESPELOSÍN, "Ciencias sociales y Estudios Clásicos: las dos caras de la moneda" a aparecer en las Actas del IX Simposio de Estudios Clásicos, Barcelona, 1989. Una aplicación concreta, E. WILL, "Pour une anthropologie coloniale du monde hellénistique" en *The Craft of Ancient Historian. Essays in honour of Ch. G. Starr*, Londres, 1985, 273-301. W. NIPPEL, "Sozialanthropologie und Alte Geschichte" en *Historische Methode*, Munich, 1988, 300-318.

tionario<sup>65</sup>. La arqueología clásica comienza también a renovar sus métodos y objetivos de estudio con la incorporación de los nuevos enfoques; algunos altamente sugerentes, desarrollados en la arqueología prehistórica<sup>66</sup>.

Sin embargo, aun con todo este potencial en ciernes seguimos dominados por un alto grado de incertidumbre e inseguridad y en buena medida de desconfianza hacia unos resultados poco afianzados, que se van tornando cada día que pasa más problemáticos e ininteligibles. Seguimos sin saber muchas cosas y se nos escapan tenazmente explicaciones globales que den cuenta de fenómenos como el final de la Edad del Bronce en el Egeo, el mismo funcionamiento económico de la democracia ateniense o la caída del imperio romano. Cuestiones de índole mítico-histórica como la guerra de Troya no acaban de encontrar una respuesta definitiva e incluso hoy se pone en entredicho la identificación que parecía fuera de toda duda de la colina de Hissarlik con la ciudad minoasiática, abriendo así nuevas posibilidades a un eterno debate<sup>67</sup>. Grandes procesos políticos como el control romano de toda la cuenca mediterránea siguen siendo objeto de discusión y continuamente aparecen opiniones clarificadoras que ya se apiñan a millares. Muy pocas cuestiones pueden darse por definitivamente zanjadas de forma satisfactoria y unánime, a la espera siempre de un nuevo dato o una interpretación más sagaz que derrumbe las certidumbres ya logradas. Los casos de falsificación han sido numerosos y todavía algunas piezas importantes mantienen el suspense acerca de su originalidad y han abundado las desapariciones de tesoros o inscripciones que fueron vistos en un tiempo, pero que han sido sustraídos a la vista de posteriores comprobaciones y estudios<sup>68</sup>. Entre la Antigüedad y nosotros media por último toda una trama de interpretaciones difícil de soslayar completamente y si bien han supuesto en muchos casos un enriquecimiento considerable de nuestras perspectivas y modos de enfoque, han sido también considerables las distorsiones causadas. Por todo ello este mundo se nos sigue resistiendo tenazmente a la total comprensión, a veces incluso a la mera aproximación, y continúa por tanto siéndonos "desesperadamente ajeno". Sin embargo la conciencia de esta lejanía insalvable y la riqueza del diálogo establecido desde esta asunción, con todos sus muchos matices y connotaciones, hacen también que esa condición constituya una de sus muchas fascinaciones.

<sup>65</sup> L. DEMOULE-LYOTARD, "L'analisi formale dei testi antichi. Studio preliminare" en M. DETIENNE (ed.), *Il Mito. Guida storica e critica*, Roma-Bari, 1982, 201-226. Cf. CALAME, *Le récit en Grèce ancienne*, Paris, 1986, y HARTOG, art. cit. en n.º 2.

<sup>66</sup> SNODGRASS, *An Archaeology...*, passim. Véase particularmente L. BINFORD, *En busca del pasado*, trad. cást., Barcelona, 1987.

<sup>67</sup> M. COINDOZ, "La Guerre de Troie: Réalité ou Fiction?" en *Anatolica* 9, 1982.

<sup>68</sup> La lista de falsificaciones célebres es numerosa, comenzando quizá con la fibula de Preneste, la edición de Pierre Louÿs de las canciones de Bilitis, presentadas como traducciones de poesías griegas del siglo VI a. de C., la famosa tiara de Saitafernes, decorada con relieves tomados de la Iliada y de la historia escrita, los 27.000 documentos falsificados por Vrain-Lucas entre los que había cartas de Sócrates, Julio César y Cleopatra, las famosas Cartas de Fálaris, un tesoro del tipo Troya II o el texto completo de las Phoenicia de Filón de Biblos.